

Cómo administrarse en tiempos difíciles

Sábado de tarde, 11 de marzo

No es la voluntad de Dios que sus hijos estén abrumados por las preocupaciones. Pero nuestro Señor no nos engaña. No nos dice: “No temáis; no hay peligro en vuestra senda”. Sabe que hay pruebas y peligros, y no trata de ocultarlos. No se propone sacar a su pueblo de un mundo de pecado y maldad, pero les señala un refugio seguro (*A fin de conocerle*, p. 224).

Dios conoce nuestras necesidades y ha hecho provisión para satisfacerlas. El Señor tiene una tesorería con abundantes provisiones para sus hijos, y puede darles lo que necesitan en todas las circunstancias. ¿Entonces por qué no confiáis en él? Ha hecho preciosas promesas a sus hijos a condición de que obedezcan fielmente sus preceptos. No hay ninguna carga que no pueda quitar, ninguna tiniebla que no pueda disipar, ninguna debilidad que no pueda transformar en poder, ningún temor que no pueda apaciguar, ninguna aspiración digna que no pueda guiar y justificar (*A fin de conocerle*, p. 223).

Muchas veces, al encontrarnos en situación penosa, dudamos de que el Espíritu de Dios nos haya estado guiando. Pero fue la dirección del Espíritu la que llevó a Jesús al desierto, para ser tentado por Satanás. Cuando Dios nos somete a una prueba, tiene un fin que lograr para nuestro bien. Jesús no confió presuntuosamente en las promesas de Dios yendo a la tentación sin recibir la orden, ni se entregó a la desesperación cuando la tentación le sobrevino. Ni debemos hacerlo nosotros. “Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar; antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar”. Él dice: “Sacrifica a Dios alabanza, y paga tus votos al Altísimo. E invócame en el día de la angustia: te libraré, y tú me honrarás”. 1 Corintios 10:13; Salmo 5:14, 15 (*El Deseado de todas las gentes*, p. 102).

Cuando sufrimos pruebas que parecen inexplicables, no debemos permitir que nuestra paz sea malograda. Por injustamente que seamos tratados, no permitamos que la pasión se despierte. Condescendiendo con un espíritu de venganza nos dañamos a nosotros mismos. Destruimos nuestra propia confianza en Dios y ofendemos al Espíritu Santo. Hay a

nuestro lado un testigo, un mensajero celestial, que levantará por nosotros una barrera contra el enemigo. Él nos envolverá con los brillantes rayos del Sol de Justicia. A través de ellos Satanás no puede penetrar. No puede atravesar este escudo de luz divina.

Mientras el mundo progresa en la impiedad, ninguno de nosotros necesita hacerse la ilusión de que no tendrá dificultades. Pero son esas mismas dificultades las que nos llevan a la cámara de audiencias del Altísimo. Podemos pedir consejo a Aquel que es infinito en sabiduría.

El Señor dice: “Invócame en el día de la angustia”. Salmo 50:15. Él nos invita a presentarle lo que nos tiene perplejos y lo que hemos menester, y nuestra necesidad de la ayuda divina. Nos aconseja ser constantes en la oración. Tan pronto como las dificultades surgen, debemos dirigirle nuestras sinceras y fervientes peticiones. Nuestras oraciones importunas evidencian nuestra vigorosa confianza en Dios. El sentimiento de nuestra necesidad nos induce a orar con fervor, y nuestro Padre celestial es movido por nuestras súplicas (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 135, 136).

Domingo, 12 de marzo: Poner a Dios en primer lugar

Josafat era hombre de valor. Durante años había fortalecido sus ejércitos y sus ciudades. Estaba bien preparado para arrostrar casi cualquier enemigo; sin embargo, en esta crisis no confió en los brazos carnales. No era mediante ejércitos disciplinados ni ciudades amuralladas, sino por una fe viva en el Dios de Israel, como podía esperar la victoria sobre estos paganos que se jactaban de poder humillar a Judá a la vista de las naciones...

Con confianza, podía Josafat decir al Señor: “A ti volvemos nuestros ojos”. Durante años había enseñado al pueblo a confiar en aquel que en siglos pasados había intervenido tan a menudo para salvar a sus escogidos de la destrucción completa; y ahora, cuando peligraba el reino, Josafat no estaba solo. “Todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños, y sus mujeres, y sus hijos”. Unidos, ayunaron y oraron; unidos, suplicaron al Señor que confundiese a sus enemigos, a fin de que el nombre de Jehová fuese glorificado...

Dios fue la fortaleza de Judá en esta crisis, y es hoy la fortaleza de su pueblo. No hemos de confiar en príncipes, ni poner a los hombres en lugar de Dios. Debemos recordar que los seres humanos son sujetos a errar, y que Aquel que tiene todo el poder es nuestra fuerte torre de defensa. En toda emergencia, debemos reconocer que la batalla es suya. Sus recursos son ilimitados, y las imposibilidades aparentes harán tanto mayor la Victoria (*Conflicto y valor*, p. 217).

[Satanás] llena la imaginación con falsas teorías acerca de Dios, y nosotros, en vez de espaciarnos en la verdad concerniente al carácter de nuestro Padre celestial, ocupamos nuestra mente con los conceptos

erróneos de Satanás y deshonramos a Dios no confiando en él y murmurando contra él. El Padre entregó a su Hijo unigénito, muy amado, para morir por nosotros, y de esa manera colocó gran honra sobre la humanidad, porque en Cristo se sanó el vínculo quebrantado por el pecado, y se restableció la conexión del hombre con el Cielo.

Los que dudáis de la misericordia de Dios, mirad al Cordero de Dios, al Varón de dolores, que llevó vuestra aflicción y vuestro pecado. Es vuestro amigo. Murió en la cruz porque os amó. Se conmueve por vuestras flaquezas y os lleva ante el trono. En vista de su amor indecible, ¿no alentaráis en vuestro corazón esperanza, amor y gratitud? ¿No prestaréis un servicio gozoso a Dios? (*That I May Know Him*, p. 224; parcialmente en *A fin de conocerle*, p. 224).

La promesa en sí misma no tiene valor a menos que yo crea que el que la hizo es suficientemente capaz de cumplirla y que posee poder infinito para hacer lo que ha dicho...

No podemos deshonrar más a Dios que si desconfiamos de su Palabra. Los sentimientos no son dignos de confianza, en absoluto. Una religión que se alimenta y sobrevive gracias a las emociones, carece de valor. La Palabra de Dios es el fundamento sobre el cual nuestras esperanzas pueden descansar seguras, y en la confianza que tenemos en la Palabra de Dios nos afirmamos, fortalecemos, establecemos, y nos aferramos a la Roca eterna (*Cada día con Dios*, p. 154).

Lunes, 13 de marzo: Confía en Dios, no en tus recursos

David, en su prosperidad, no conservó esa humildad de carácter y confianza en Dios que caracterizó la primera parte de su vida. Contempló con orgullo las mejorías al reino, y contrastó su condición entonces próspera con su escaso número y poca fuerza cuando él ascendió al trono, atribuyéndose la gloria. Complació sus sentimientos ambiciosos al ceder a las tentaciones del diablo de enumerar a Israel, para poder comparar su debilidad anterior con su estado ahora próspero bajo su propio gobierno. Esto era desagradable para Dios, y contrario a su mandato expreso. Llevaría a Israel a confiar en su fuerza numérica, en vez de confiar en el Dios vivo

David ya estaba convencido de que había cometido un gran pecado contra Dios antes de que terminara completamente la tarea de censar a Israel. Vio su error, y se humilló ante Dios confesando su gran pecado de contar neciamente al pueblo. Pero su arrepentimiento fue demasiado tardío. El Señor ya había impartido a su fiel profeta la orden de dar un mensaje a David y ofrecerle que escogiera el castigo por su transgresión. David todavía demostró que tenía confianza en Dios. Eligió caer en las manos de un Dios misericordioso antes que ser dejado al cruel arbitrio de hombres perversos (*Spiritual Gifts*, t. 4a, p. 92; parcialmente en *Comentarios de Elena G. de White en el Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 3, p. 1145).

Por su propio ejemplo el Salvador ha demostrado que sus seguidores pueden estar en el mundo y con todo, no ser del mundo. No vino para participar de sus ilusorios placeres, para dejarse influir por sus costumbres y seguir sus prácticas, sino para hacer la voluntad de su Padre, para buscar y salvar a los perdidos. Con este propósito, el cristiano puede permanecer sin contaminación en cualquier circunstancia. No importa su situación o condición, sea exaltada o humilde, manifestará el poder de la religión verdadera en el fiel cumplimiento del deber.

No es fuera de la prueba, sino en medio de ella, donde se desarrolla el carácter cristiano. Expuestos a las contrariedades y la oposición, los seguidores de Cristo son inducidos a ejercer mayor vigilancia y a orar más fervientemente al poderoso Auxiliador. Las duras pruebas soportadas por la gracia de Dios, desarrollan paciencia, vigilancia, fortaleza y profunda y permanente confianza en Dios. Este es el triunfo de la fe cristiana que habilita a sus seguidores a sufrir y a ser fuertes; a someterse y así conquistar; a ser muertos todo el día y sin embargo vivir; a soportar la cruz y así ganar la corona de gloria (*Los hechos de los apóstoles*, p. 373).

Si os allegáis a Dios para obtener ayuda y sabiduría, él no frustrará nunca vuestra fe...

Puede argüirse que el Señor da sabiduría especial a aquellos a quienes han sido confiadas responsabilidades importantes. Es cierto que, si andan humildemente con él, les dará ayuda para su obra; y os la dará para la vuestra, si la buscáis con el mismo espíritu. Si el Señor, en su providencia, os ha impuesto importantes responsabilidades, os hará idóneos para llevarlas, si acudís a él con fe a fin de obtener fuerza para cumplirlas. Cuando pongáis vuestra confianza en él y dependáis de su consejo, él no os abandonará a vuestro juicio finito para que hagáis planes imperfectos y fracaséis (*Obreros evangélicos*, p. 432).

Martes, 14 de marzo: ¿Es hora de simplificar?

Los hombres están postergando la venida del Señor. Se burlan de las amonestaciones. Orgullosamente se jactan diciendo: "Todas las cosas permanecen así como desde el principio". 2 Pedro 3:4.

En el mundo todo es agitación. Las señales de los tiempos son alarmantes. Los acontecimientos venideros proyectan ya sus sombras delante de sí. El Espíritu de Dios se está retirando de la tierra, y una calamidad sigue a otra por tierra y mar. Hay tempestades, terremotos, incendios, inundaciones, homicidios de toda magnitud. ¿Quién puede leer lo futuro? ¿Dónde hay seguridad?...

Solemnemente llegan hasta nosotros, a través de los siglos, las palabras amonestadoras de nuestro Señor desde el monte de las Olivas: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente

sobre vosotros aquel día”. “Velad pues, orando en todo tiempo, que seáis tenidos por dignos de evitar todas estas cosas que han de venir y de estar en pie delante del Hijo del hombre” (*El Deseado de todas las gentes*, 590, 591).

Las obligaciones que descansan sobre nosotros no son insignificantes. Nuestro sentido de dependencia nos debe acercar a Dios; nuestro concepto del deber que debemos llevar a cabo nos debe inducir a esforzarnos, combinando nuestros esfuerzos con ferviente oración, con obras, con fe y con oración constante. ¡Poder! ¡Poder! ¡Nuestro gran clamor consiste en solicitar poder sin medida! Nos espera. Solo tenemos que obtenerlo, confiar en la Palabra de Dios, obrar por fe, confiar firmemente en las promesas y luchar para obtener los dones de la gracia de Dios. La erudición no es esencial, el genio no es necesario, la elocuencia puede faltar, pero Dios escucha las oraciones del corazón humilde y contrito, y cuando él escucha no hay obstáculos que puedan impedir la marcha. El poder de Dios nos hará eficientes (*Cada día con Dios*, p. 185).

¿Creemos con todo nuestro corazón que Cristo va a venir pronto y que tenemos ahora el último mensaje de misericordia que haya de ser dado a un mundo culpable? ¿Es nuestro ejemplo lo que debiera ser? Por nuestra vida y santa conversación, ¿revelamos a los que nos rodean que estamos esperando la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien cambiará estos viles cuerpos y los transformará a semejanza de su glorioso cuerpo? Temo que no creamos ni comprendamos estas cosas como debiéramos...

Los ángeles están velando sobre nosotros y nos guardan; pero a menudo los agraviamos participando en conversaciones triviales, en bromas, y también descendiendo a una negligente condición de estupor. Aunque de vez en cuando hagamos un esfuerzo para obtener la victoria, y la obtengamos, no obstante, si no la conservamos y, volviendo a la condición anterior de descuido e indiferencia, nos demostramos incapaces de hacer frente a las tentaciones y de resistir al enemigo, no soportamos la prueba de nuestra fe que es más preciosa que el oro. No estamos sufriendo por Cristo, ni nos gloriamos en la tribulación

Hay una gran falta de fortaleza cristiana y no se sirve a Dios por principio. No debemos procurar agradar al yo, sino honrar y glorificar a Dios, y en todo lo que hagamos y digamos procurar sinceramente su gloria (*Primeros escritos*, pp. 111, 112).

Miércoles, 15 de marzo: Prioridades

El llamado de Cristo al sacrificio y a una entrega sin reservas significa la crucifixión del yo. Para obedecer este llamado debemos tener una fe incondicional en él como Ejemplo perfecto, y una clara comprensión de que hemos de representarlo ante el mundo. Quienes trabajen

para Cristo han de hacerlo a la manera de él. Han de vivir su vida. Su invitación a una entrega incondicional ha de ser suprema para ellos. No han de permitir que vínculo o interés terrenal alguno les impida rendirle el homenaje de sus corazones y el servicio de sus vidas. Perseverante e incansablemente han de trabajar con Dios para salvar las almas que perecen del poder del tentador.

Los que están así relacionados con Cristo aprenden constantemente de él, al pasar por las etapas sucesivas de progreso en la experiencia cristiana. Se les presentan dificultades y perplejidades para que puedan conocer más perfectamente la voluntad y el camino de Cristo. Pero oran y creen, y por la práctica su fe aumenta (*Alza tus ojos*, p. 233).

No todo es suave en la vida del cristiano. Se le presentan duros conflictos; lo asaltan severas tentaciones. “El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne”. Mientras más cerca lleguemos al fin de la historia de esta tierra, más engañosos e insidiosos serán los ataques del enemigo. Sus ataques se harán más violentos y más frecuentes. Los que se oponen a la luz y la verdad, se volverán más endurecidos y apáticos, y más mordaces contra los que aman a Dios y guardan sus mandamientos.

La influencia del Espíritu Santo es la vida de Cristo en el alma. No vemos a Cristo ni le hablamos, pero su Espíritu Santo está tan cerca de nosotros en un lugar como en otro. Obra en cada uno que recibe a Cristo y mediante él. Los que conocen la morada interior del Espíritu revelan los frutos del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 6, pp. 1111, 1112).

Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Colosenses 3:2-4.

Debemos tener un concepto más amplio del Salvador, como “Señor y Cristo”. “Todo poder” se le ha dado para que a su vez lo dé a los que creen en su nombre. Apenas reconocemos su derecho a nuestro homenaje y obediencia, y a nuestra creciente fe en él...

Sométase a la disciplina de Cristo. Déjese conducir por su Palabra. Preste atención a esta instrucción suya: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. Mateo 11:29.

Insto a las iglesias en todas partes que hagan una obra cabal, teniendo en vista la eternidad, mediante la confesión y el abandono del pecado. “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder”. 2 Pedro 1:3. ¿Qué significa esto?... “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria”. 2 Corintios 3:18 (*Cada día con Dios*, p. 288).

Jueves, 16 de marzo: Cuando nadie pueda comprar ni vender

Se acerca rápidamente el punto cuando llegará al máximo la iniquidad de los transgresores. Dios da a las naciones un determinado tiempo de gracia. Les envía luz y evidencias que las salvarían si las recibieran. Pero si las rechazan como los judíos rechazaron la luz, pronto caerán sobre ellas la indignación y el castigo. Si los hombres rehúsan recibir la gracia y escogen las tinieblas antes que la luz, cosecharán los resultados de su elección. “He aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos”. El llamado mundo cristiano, así como lo hizo la nación judía, está avanzando de un grado de pecaminosidad a otro mayor, rechazando amonestación tras amonestación y despreciando un “Así dice Jehová”, mientras que cree en las fábulas de los hombres. El Señor Dios pronto se levantará con su ira y derramará sus castigos sobre los que están repitiendo los pecados de los habitantes del mundo de Noé. Aquellos cuyos corazones están plenamente decididos a hacer el mal como lo estuvieron los corazones de los habitantes de Sodoma, serán destruidos como éstos. El hecho de que Dios haya tenido por mucho tiempo tolerancia, paciencia y misericordia, y el hecho de que sus juicios se hayan demorado mucho, no hará que el castigo sea menos severo cuando sobrevenga (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 4, pp. 1165, 1166).

Muchas veces el que sigue a Cristo se ve colocado en donde no puede servir a Dios y llevar adelante sus empresas mundanales. Tal vez le parezca que la obediencia a algún claro requerimiento de Dios le privará de sus medios de sostén... Cuando aprendamos a conocer el poder de su palabra no seguiremos las sugerencias de Satanás para obtener alimento o salvarnos la vida. Lo único que preguntaremos será: ¿Cuál es la orden de Dios, y cuál es su promesa? Conociéndolas, obedeceremos la primera y confiaremos en la segunda.

En el último gran conflicto de la controversia con Satanás, los que sean leales a Dios se verán privados de todo apoyo terrenal. Porque se niegan a violar su ley en obediencia a las potencias terrenales, se les prohibirá comprar o vender. Finalmente será decretado que se les dé muerte. Apocalipsis 13:11-17. Pero al obediente se le hace la promesa: “Habitará en las alturas: fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento; se le dará su pan, y sus aguas serán ciertas”. Salmo 37:19. Los hijos de Dios vivirán por esta promesa (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 96, 97).

No se adquieren en un momento el valor, la fortaleza, la fe y la confianza implícita en el poder de Dios para salvarnos. Estas gracias celestiales se adquieren por la experiencia de años. Por una vida de santo esfuerzo y de firme adhesión a lo recto, los hijos de Dios estaban

sellando su destino. Asediados de innumerables tentaciones, sabían que debían resistir firmemente o quedar vencidos. Sentían que tenían una gran obra que hacer, que a cualquier hora podían ser llamados a deponer su armadura; y que si llegaran al fin de su vida sin haber hecho su obra, ello representaría una pérdida eterna. Aceptaron ávidamente la luz del cielo, como la aceptaron de los labios de Jesús los primeros discípulos. Cuando estos cristianos primitivos eran desterrados a las montañas y los desiertos, cuando en las mazmorras se los dejaba morir de hambre, frío y tortura, cuando el martirio parecía la única manera de escapar a su angustia, se regocijaban de que eran tenidos por dignos de sufrir para Cristo, quien había sido crucificado en su favor. Su ejemplo será un consuelo y estímulo para el pueblo de Dios que sufrirá un tiempo de angustia como nunca lo hubo (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 198).

Viernes, 17 de marzo: Para estudiar y meditar

Exaltad a Jesús, “La expiación, fundamento de nuestra paz”, 14 de noviembre, p. 326;

Cada día con Dios, “Separémonos del pecado”, 26 de marzo, p. 92.